

Walt Whitman

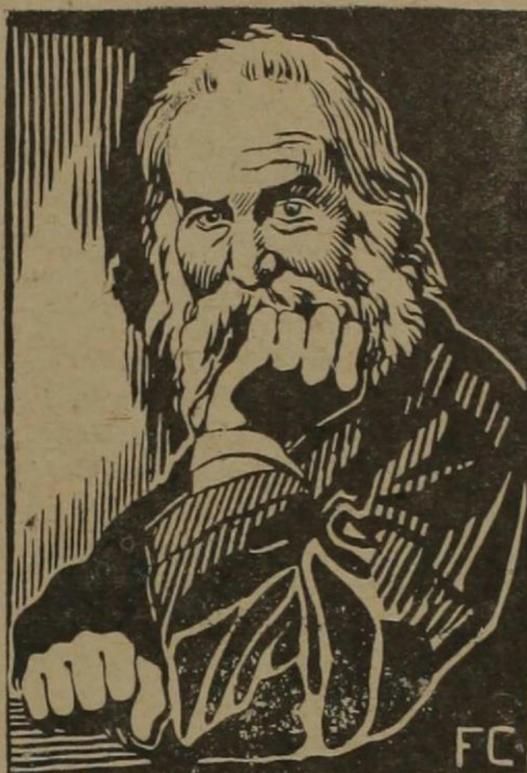
Por Ramón ROMERO

(En Rep. Amer.)

El barón de Humbolt al estudiar los bosques América observó cuidadosamente una variedad de plantas que viven en sociedad, otras que se recogen en los troncos y ramas con indolencia, y en general, los árboles solitarios y frondosos en busca de la altura y de la luz.

De esa feliz observación nació una ciencia nueva, la geograffa de las plantas en relación estrecha con la geografía de la luz, por la vida que ellas representan en los diferentes climas y países del continente americano. Los bosques europeos, sujetos a las alterativas brumosas de la naturaleza son distintos a los bosques tropicales dominados por la eterna primavera.

El hombre es hijo de la tierra y seguramente ha de someterse a las mismas leyes determinadas por la naturaleza. En esa selva de los pueblos del norte de América, entre la nutrida montaña, creció un cedro robusto y fuerte, un hombre sin asperezas ni melancolías, dispuesto a dar todo su follaje a la humanidad, Walt Whitman.



Walt Whitman
Visto por Fr. Cotaro.

Cuando apareció el volumen «Hojas de Hierba» la sociedad amaestrada por la tradición y las prácticas burguesas de los siglos que Inglaterra viviera,

trasplantadas en esa parte del continente, repudiaron con palabras y hechos la luz de las praderas, las ideas saludables en el contenido de un libro extraño para la época, y su autor no se sintió conmovido ni amargado. Al contrario, elevó más su voz y sin limitaciones se dió a los cantos que levantarán la condición del hombre, su libertad, la alegría de vivir, la armonía de la existencia en flor en cada pueblo y en cada ciudadano.

El 31 de mayo próximo se cumplirán 139 años del nacimiento de Walt Whitman. Creció en un ambiente libre, y en su juventud fué maestro de escuela, impresor, periodista, y a los veintidós años es un espectador en las calles de New York y Brooklyn, un rebuscador de los secretos y alegrías de las almas.

Es posible que las palabras siguientes sean de su autobiografía: «En primer lugar él estudió la vida, los hombres, las mujeres, los niños, se trató de igual a igual, los amó y fué amado, y los conoció infinitamente mejor de lo que se conocían ellos mismos. En seguida se entregó al estudio circunstanciado de los almacenes, las casas, las veredas, los barcos, las fábricas, las tabernas, las reuniones, las asambleas políticas, las excursiones de placer. Fué desde el comienzo un absorbedor de sol, de aire libre y de calles, y en seguida, de interiores. Conoció los hospitales, los asilos, las prisiones y sus habitantes. Atravesó libremente esos barrios de la ciudad habitados por los peores vagos, conoció a todas esas gentes y muchas de entre ellas lo conocieron; aprendió a soportar su suciedad, su vicio, y su ignorancia; vió lo bueno y lo malo que había en ellas y lo que había para justificar sus existencias».

De esa experiencia de la vida hace un resumen y observa la grandeza espiritual que sobrenada en el dolor y en la alegría, y logra traducirla en la mayoría de sus poemas de juventud, ese motivo que ha visto flotante en el aire de su tierra, la libertad, el vigor de la raza, la arquitectura armónica del hombre y de la naturaleza.

En su época florecieron otros bardos, el sensible Longfellow, Poe, el creador de un mundo extraño, Bayard Taylor, el de los romances y escenas pastoriles; pero esos poetas representaron la vida artística de la vieja Inglaterra, los milenios transmitidos por ley de raza a las generaciones y Whit-

sía, creo que llegamos a dar la tónica propiamente americana, a expresar el mundo americano . . .

Yo sé que Vicente Gerbasi no habla en términos abstractos de teoría. Recuerdo haber leído en *Los espacios cálidos* un poema de gran finura en donde estos valores entrañables encuentran su camino expresivo:

«Te amo, infancia, te amo
porque aún me guardas el césped con cabras,
tardes con cielos de cometas
y racimos de frutas en los pesados ramajes.

Te amo, infancia, te amo
porque me regalaste la lluvia
pues hace crecer los riachuelos de mi aldea,
porque le distes a mis ojos un arcoiris sobre
las colinas.

¿Aún existen los naranjos
que plantó mi padre en el patio de la casa,
el horno donde mi madre hacía el pan
y doradas roscas con azúcar y canela?

¿Recuerdas nuestro perro que jugando
me mordía las piernas y las manos?
Nactan puntos de sangre, un pequeño dolor,
pero todo pasaba pronto como el sabor de la
guayabas».

—Ahora te voy a plantear una pregunta indiscreta. Si no quieres, no la

respondas . . . Entre la poesía actual, de este momento, americana, y la de España, ¿cuál te parece mejor lograda, y por qué razones? . . .

—¡Buena! . . . Apartando, naturalmente, a los grandes poetas españoles, como los ya nombrados . . . Yo creo que en América se está dando una posición muy superior a la peninsular. Nosotros vamos descubriendo un mundo, y ellos están trabajando su mundo que, si no agotado, está siendo repetido. Y repetido en una forma quizá demasiado académica, fría, intelectual . . . Nosotros somos más frescos . . . Decimos las cosas sin fanatismos retóricos, más espontáneamente . . . Nos preocupamos mucho más por la esencia que por la forma, ¿no? . . . Me refiero a la forma exterior, por supuesto . . . Porque yo no estoy de acuerdo con esa gente que dice, por ejemplo, que la poesía moderna sin rima ni medida, carece de forma . . . ¡No! . . . La tiene. Y muchas veces, hasta una forma de mayor pureza y hermosura que la poesía enmarcada en los cánones métricos . . .

Hugo LINDO

Santiago de Chile,
mayo de 1958.